



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

LA VÍBORA, EL SAPO Y EL CAMALOTE

Cuando llegó el otoño y el río Paraná comenzó a “sacar fuera el pecho” para echar sobre las tierras sedientas por el pasado verano, el fecundo, el formidable riego de sus aguas cuajadas de limo, allá en las soledades del Delta desprendióse de pronto un enorme Camalote, cuya planta ya florecida, dejaba ver sus lirios de incomparable suavidad y de un tono azul difuso como el de una mirada suplicante.

Apenas comenzó la navegación del movable islote hacia su incierto destino, en el Océano inmensurable en cuyo seno se difundiría como las vidas contemplativas en el divino Nirvana oyóse entre las pajas y marañas de la diminuta selva peregrina un vibrante diálogo entre una Culebra y un Sapo, que habían quedado prisioneros al arrancarse de la costa el fragmento flotante.

-El Destino ha querido, -sibiló el venenoso ofidio, inyectada de sanguinosos brillo su pupila-, que nosotros dos, individuos de dos razas antagónicas e irreconciliables desde el principio de los tiempos, nos quedásemos solos, condenados a vagar sin salvación posible en este terrón donde nos sorprendiera la crecida del río. Yo no tendré aquí, dentro de poco, de qué alimentarme; y aunque quisiera salvarte la vida, no me resta otro recurso que el de devorarte apenas el hambre me lo exija. Y más que todo eso, es ley digna de mi especie que un ofidio y un batracio no caben en el mismo sitio. Eres mi esclavo ahora, y pronto serás mi víctima y mi comida. Prepárate a morir.

-Sí; tú aprovechas de que yo no puedo aquí desplegar mi táctica para sitiarte y enredarte con mis sargas inextricables, donde todos tus semejantes han hallado parálisis, y aun la muerte más desesperada. Así, puedes ensañarte conmigo y sacrificarme indefenso con tus dientes venenosos; pero no te durará mucho el gusto, ni la hartura, porque, muerto yo, te quedarás sola en el Camalote, condenada a morirte de hambre si no prefieres perecer ahogada en el mar... Yo podría encargarme de darte de comer por mucho tiempo con mi cacería de insectos en el fondo de este pajonal, donde millares y millares de gérmenes se reproducirán, y así, algún día, podemos salvarnos en tierra firme.

-Yo sé bien que el consejo del enemigo, en casos como éste, puede ser el mejor; y aunque hables en tu propio interés, comprendo que va en él mi provecho, y lo acepto, con la condición de que me proveas de cuanto puedas cazar en el pajonal, en el barro, en el agua que aquí filtra, y en cuanto bicho viviente venga a posarse entre las ramas. Eres mi esclavo, y mis garfios y mi veneno te pedirán cuenta de tus obligaciones.

La Flor del Camalote, abierta como una copa de porcelana, con una voz dulcísima y armoniosa, que embriagó los sentido musicales de la engreída Culebra, dijo estas palabras:

-Pobre y frágil imperio el tuyo, ¡Oh bella y pérfida Culebra de piel bizantina! Sueñas con saciar tu odio histórico, más que tu apetito, sobre un inofensivo prisionero de la raza batráquica, cuando tú, él y yo somos aquí juguetes deleznable de una ola repentina, de una ráfaga caprichosa o de un escollo oculto, y en el mejor de los casos, vamos los tres arrastrados al mismo fin fatal y sombrío, al seno difuso e ilimitado del Océano, al reino infinito del Olvido eterno.

Una fatalidad os ha unido a mi destino irreparable; quiero ungir y reconciliar los vuestros en el seno divino del ensueño que me conduce a disolverme, a difundirme en el alma inmensa del mundo. Venid a abrazaros a la sombra de mis hojas y mis pétalos de ideal, y ya veréis cuán dulce es cambiar la ley del odio y del exterminio de raza y de tradición, por la eterna, la sublime, la divina ley del Amor y la Solidaridad, que surge del alma de la Naturaleza, y ofrece la única inmortalidad posible, la única redención verdadera.

Cuando la voz cesó, acurrucados juntos, al pie de la Flor del Camalote, el ofidio y el batracio sentíanse arrullados por un ensueño seráfico, y las ondas hinchadas de limo y rojas de la sangre fecundante de las selvas tropicales y de las llanuras argentinas, “se llevaban a la mar”, y consigo arrastraban su tributo periódico de fecundidad a la Madre Tierra.

La presente obra ha sido digitalizada por la voluntaria Fabiana Marta Ortíz.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

